



Caminos naturales. Caminos con guion

Dioni Serrano

Redactor jefe de la revista *Grandes Espacios*. Editorial Desnivel

«Un país se conquista con la suela de los zapatos, no con las ruedas del automóvil».

William Faulkner

EN LA EDITORIAL en la que trabajo publicamos un diario digital con información de rabiosa actualidad de todo tipo de deportes de montaña. Conéctense y podrán enterarse de las últimas noticias en el mundo del alpinismo extremo y de la escalada. Encontrarán también noticias relacionadas con el excursionismo y con todas esas otras prácticas que llenan el cajón de sastre llamado turismo activo, turismo de aventura o turismo alternativo. Y más noticias de alpinismo y más noticias de escalada. Yo me ocupo de esas otras noticias que no son de alpinismo ni de escalada. Todos los días le propongo al director que coloque mi noticia en el mejor lugar de la «página», en el vértice superior izquierdo de la home, a dos columnas y con foto. Él siempre me hace esta pregunta: «¿Crees que merece ese puesto?». Y yo siempre le contesto con otra pregunta tramposa: «¿Qué es objetivamente más importante (y le pongo un tonillo sarcástico a ‘objetivamente’), una escalada que sí, que es una proeza deportiva, pero que sólo repetirán media docena de alpinistas, o el millón y medio de euros que se han gastado en preparar un camino que disfrutarán miles de ciudadanos?». Mi noticia casi siempre va a parar a una columna literalmente «aplastada» en medio de la página sobre la que pende, como una advertencia divina, la palabra «Excursionismo». ¡El senderismo es poco mediático!

Lo recuerdo bien. En 1997, la palabra «senderismo» aparecía subrayada con una línea roja en la pantalla del pecé. El corrector automático la consideraba incorrecta porque, sencillamente, no existía, al menos oficialmente. Lo recuerdo bien porque es el año en el que salió a la calle la revista *Grandes Espacios*, y yo con ella. La palabra no existía, pero miles de españoles ya la practicaban... aunque muchos no lo sabían. Tres años después el «ismo» entró en una nueva edición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española –la vigésimo octava– como «Actividad deportiva que consiste en recorrer senderos campestres». Los «senderos campestres» van a ser sustituidos en la próxima edición por «itinerarios determinados»; y si noso-

tros cambiamos «determinado» por «señalizado» obtendremos una definición muy cercana a lo que todo el mundo entiende hoy por senderismo.

¿Todo el mundo? ¿No será esto del senderismo una invención de las editoriales y de los fabricantes para vender más revistas y más botas? No, no lo es. La verdad es que el senderismo es hoy por hoy una actividad muy popular con implicaciones sociales, educativas y, por supuesto, económicas. No lo digo yo, lo dice un informe de Turespaña sobre turismo de montaña que situaba al senderismo en el primer lugar entre las actividades preferidas del turista que elige una zona rural para sus

...

en la página anterior

Puente de Nocito en el Camino Natural de la Hoya de Huesca. Aragón



vacaciones. Y lo más sorprendente es que se ha puesto en cabeza en muy poco tiempo. ¿Cómo se ha producido este rápido y fabuloso sprint?

Hará un par de años que Antonio Turmo, director del comité de senderos de la Federación Española de Deportes de Montaña y Escalada, y como tal, un entendido en la materia, me resumía la evolución del senderismo en nuestro país desde que empezó a tener cierta importancia –lo que ocurrió mediada la década de los años setenta del pasado siglo con la introducción en España de los senderos al estilo francés– hasta este momento. Turmo me habló de tres fases. En la primera, clubes y asociaciones excursionistas de toda España (sobre todo en aquellas regiones con más tradición como Cataluña y el País Vasco), por iniciativa propia y sin ayuda oficial, «abrieron» muchos kilómetros de senderos, entendidos éstos en el sentido que le damos hoy al término; es decir, un itinerario pedestre marcado para evitar despistes a los caminantes. Eran senderos hechos por y para montañeros, personas expertas capaces de hacer frente a ciertas dificultades físicas o técnicas. La comodidad o la seguridad no ocupaban el primer lugar entre sus preocupaciones. Lo importante era «pintar» muchos kilómetros.

La segunda fase da comienzo al popularizarse entre los españoles los deportes de montaña y otras actividades al aire libre, como consecuencia de la bonanza económica y de una que- rencia por lo natural. Más o menos por entonces se acuñó el concepto de turismo rural como oposición al turismo tradicional, el del sol y playa. A los turistas ya no nos bastaba con una pintoresca casa de campo y una buena pitanza para sentirnos a gusto; preguntábamos por lugares a donde ir caminando. Así que muchos alcaldes dijeron, «¡Arreglemos la fuente medieval!»; «¡Encalemos la vieja ermita!»; «¡Limpiemos los caminos!». A alguien se le ocurrió decir que aquello era «poner

en valor» el patrimonio, y la horrorosa expresión obtuvo tanto éxito que hoy se puede leer y oír en cualquier lugar y por cualquier motivo. El senderismo conseguía así asiento en los planes municipales y comarcales, como un método a tener en cuenta para atraer divisas, bien directamente del bolsillo de los visitantes, bien por la vía subvenciones, casi siempre europeas.

La tercera y última fase convive en el tiempo con la anterior. Se caracteriza por la participación de promotores públicos de gran calado. El salto al ruedo de estos primeros espadas es la confirmación de que el senderismo ha alcanzado su mayoría de edad. El objetivo de estas intervenciones ya no es sólo facilitar una actividad saludable y educativa y mantener el uso de caminos en peligro de extinción tratándolo como un elemento más del patrimonio cultural (¿exagerado? Nuestros vecinos franceses consideran a sus senderos parte de su patrimonio cultural y natural al mismo nivel que la torre Eiffel y el Parque Nacional de los Pirineos, y la sigla GR, de Grand Route, tiene incluso una entrada en el diccionario Larousse). Por encima de todo, se busca favorecer la economía del medio en el que se interviene sacando provecho de que cada día hay más turistas con ganas de desgastar «la suela de los zapatos».

Sería un bonito trabajo recopilar todos los proyectos pilotados por superpromotores; los que funcionan y los fallidos, sobre todo los fallidos, que hay mucho plan que languidece sin pena ni gloria. No podían terminar de otro modo; era su sino. Sus autores erraron al pensar que bastaba con ampliar un sendero, tapar los baches e instalar barandillas y postes de diseño para hacer camino. O eso, o es que sólo necesitaban justificar una partida presupuestaria. Otras experiencias, por fortuna, gozan de una relativa buena salud y siguen adelante, un poco renqueantes, eso sí, porque corren malos tiempos para la lírica. Y luego están los Caminos Naturales.

...
en la página anterior
Pena Corneira. Ourense. Galicia

El Camino Natural de Carballeda de Avia alcanza este peñón granítico en uno de los espacios naturales gallegos más excepcionales, el Monumento Natural Pena Corneira



...
Plantación de *Aloe vera* en la isla de Fuerteventura. Islas Canarias

Esta isla es una de las últimas incorporaciones a la red de Caminos Naturales



...
Vista desde el mirador de San Quílez en el Camino Natural de la Sierra de San Quílez. Huesca. Aragón

A pesar de que Caminos Naturales echó a andar en 1993, yo no me enteré de su existencia hasta mucho más tarde, bien entrado el siglo veintiuno. Confieso que me costó no poco averiguar en qué consistía ese tal programa. Entre tanto sendero de pequeño y gran recorrido, entre tanta vía verde, entre tanta ruta que si de don Quijote, que si de Carlos V, que si del Cid, no sabía muy bien dónde colocar a los Caminos Naturales. Y tampoco terminaba de encajarme eso de que todo un ministerio —entonces el de Obras Públicas— se dedicara a ir arreglando trochas cuando lo suyo era construir autopistas y puentes colgantes. Pero sus objetivos —mantener el uso público de vías de comunicación abandonadas; ofrecer servicios turísticos alternativos; facilitar el acceso a una experiencia deportiva, educativa y natural; y favorecer el desarrollo de las zonas rurales— me gustaban; me parecían irreprochables, de modo que no sólo presté atención a las noticias; también fui a conocerlos personalmente.

Me gusta caminar, pero más me gusta viajar en bicicleta. Creo que el cicloturismo es la última posibilidad que tenemos las personas de a pie para experimentar la aventura de viajar, incluso en nuestra propia tierra; y los Caminos Naturales, sobre todo los de largo recorrido como el del Ebro, o el del Duero, son una oferta que no puedo rechazar. Encima de mi bicicleta he conocido varios Caminos Naturales, y la experiencia, con sus más y sus menos, siempre ha resultado satisfactoria para mí y para mis compañeros (no me cuesta encontrar compañía para estos viajes. Mis amigos piensan que tengo información privilegiada y confían en mi elección). Pero también regreso con un sordo y triste runrún porque nunca coincidimos con otros viajeros. Es como si nadie excepto nosotros los conociéramos. Contaré una anécdota. Al final del pasado invierno tuve noticias de que se habían concluido las obras del camino natu-

ral entre Cáceres y Badajoz, y para allá que marchamos. Con Badajoz a la vista nos cruzamos con un coche que venía de frente por la misma pista por la que pedaleábamos. Al llegar a nuestra altura el conductor paró el coche, abrió la ventanilla y nos saludó risueñamente. Se interesó por lo que estábamos haciendo y al saberlo aún se mostró más expresivo. Había colocado los postes de aquel tramo y se alegró al encontrarse con «alguien» en el camino. Aquello me hizo pensar que otro alguien tendría que tomarse muy en serio el trabajo de llevar los Caminos Naturales a las escuelas e institutos; a los clubes deportivos; a las casas de cultura; a la radio y a la televisión; a la prensa, especializada o no; a las ferias de turismo en definitiva: descubrirlos e invitar a conocerlos, porque sin caminantes no hay camino.

El devenir ha ido convirtiendo a Caminos Naturales en un gran paraguas donde encuentran refugio muchos proyectos que de otro modo no verían la luz. Como contribuyente, no me molesta; al contrario. ¿Zonas oscuras? Por supuesto que las habrá. Seguro que se podría ser más eficiente en la gestión (siempre se puede); o que se podría economizar gastos; o conseguir que las administraciones involucradas se tomaran más en serio el mantenimiento y la promoción. Con todo lo que queda por mejorar, me agrada saber que hay algo y alguien, público y con posibles, que se trabaja la idea de abrir caminos «con guion» (y quiero decir no artificiales sino con sustancia) por los que por unas horas, un día o una semana podemos dar un corte de manga a la rutina, los agobios y las prisas mientras descubrimos nuestro país como recetaba el escritor de Mississippi.

